

## En la inauguración del Congreso Internacional "Teoría y Praxis"

por el Emo. Card. NARCISO JUBANY  
*Arzobispo de Barcelona*

Como Arzobispo y Pastor de Barcelona y como heredero de toda una gran tradición de pensamiento y acción cristianos, me complace en gran manera dar a todos ustedes, reunidos con motivo del Congreso Internacional «Teoría y Praxis», mi más cordial y afectuosa bienvenida.

Venís de diversas partes de España y del mundo entero a una ciudad que, por su situación, por su historia y por su tradicional fe cristiana es cosmopolita, abierta y propicia al diálogo y a la comprensión. Estudiosos y profesionales de la noble tarea del pensar venís a una ciudad y a una región que, desde sus primeros tiempos, ha sido artífice y altavoz de la cultura y de la civilización cristiana; venís a una región y a una ciudad que se ha distinguido y caracterizado siempre por su inquietud práctica, por su dinamismo y por su laboriosidad.

No esperan de mí, como es lógico, una disertación de especialista, ni una lección magistral sobre el filosofar humano o su historia. Es un campo que no me corresponde, en virtud de mi ministerio específico. Con todo, quisiera aprovechar esta ocasión para decirles algunas cosas que, pienso, son de gran importancia para el pensamiento cristiano en el momento histórico que vivimos, y que me atañen como Obispo de la Iglesia Católica, que, según feliz expresión de Paulo VI, es «experta en humanidad».

1. En primer lugar, una palabra de felicitación por la elección del tema de este Congreso Internacional: «Teoría y Praxis». Decimos esto porque una vez más se hace patente que ilustres pensadores de hoy no se evaden en disquisiciones abstractas o puramente verbales;

sino que se plantean, desde diversos y complementarios aspectos casi exhaustivos, una de las cuestiones más actuales y que necesitan una urgente y profunda clarificación. Es fácil ver que el disociar e incluso oponer teoría-praxis no sólo lleva a consecuencias nefastas en el campo de la fe cristiana, sino también en el del más sano pensamiento perenne.

Porque todo pensador cristiano no puede, por una parte, renunciar al elemental conocimiento de la verdad, a la radical afirmación de la realidad y a la aceptación intelectual de lo absoluto del mundo y del hombre; ni puede, por otra parte, negar el valor de la acción, del dinamismo y de la praxis humana en su noble tarea de hacer un mundo más humano y así más abierto a lo divino. Frente a las voces desesperadas del hombre de hoy, que claman por una imposibilidad de respuesta intelectual y racional a los más acuciantes interrogantes del sentido de la vida y de la existencia auténticamente humanas, y frente a la pretensión de la exclusiva salvación en la praxis y acción meramente pragmática, materialista o sensista, el pensador cristiano debe esforzarse en mostrar la coherencia interna y necesaria entre teoría y conocimiento de la realidad del mundo y del hombre, y la acción y praxis humanas. En pocas palabras: no se puede olvidar que el conocimiento humano no es mero juego de conceptos abstractos, ni la tradicional afirmación «*omnes res sunt propter suam operationem*».

2. En segundo lugar, me parece muy importante hoy el peculiar carácter del ser del hombre, considerándole integralmente —poseedor intelectual de las cosas y dado a la realidad— como ser libre. Valor éste, como se afirma en la Cons. Pastoral «*Gaudium et Spes*», al cual el hombre de hoy es particularmente sensible, y que muchas veces no es plenamente comprendido, o rectamente explicado, o suficientemente fundamentado, como se manifiesta en muchos pensadores actuales de muy diversas ideologías.

A este ser peculiar que es el hombre, que siente, conoce, entiende y que también es tendencia, apetito y querer, no solamente se puede excluir concepción de determinismo total, sino que es imposible que no sea libre; pues, suponiendo que la más rigurosa necesidad rige todas las cosas y a uno mismo con todas sus actividades, en el mismo acto del pensamiento —necesario, en hipótesis— se descubre la diferencia y la oposición entre el pensar, que mide el objeto, lo juzga y, juzgándolo, se le opone y se le escapa. Y porque el sujeto no se reduce a una pura función del conocer, sino que es también inclinación y apetito, lo universal no se le presenta sólo bajo la forma del ser o de la verdad, sino también en la de bien; y a esta luz, todo resplandor palidece, y todo valor se desvaloriza por la imposibilidad de que el bien finito y limitado satisfaga la ilimitada y, en cierto sentido, infinita capacidad del espíritu.

Porque el hombre es un espíritu encarnado, es un ser ciertamente

finito, contingente, limitado e incluso determinado hasta cierto punto. No se puede negar lo que hay en nuestra misma actividad voluntaria de dependencia y esclavitud. Somos autómatas en las tres cuartas partes de nuestras acciones; nuestras iniciativas más espontáneas surgen de un fondo de conductas maquinales, de impulsos ciegos, de instintos, de emociones, de pasiones, que encontramos en nosotros sin haberlas puesto; utilizamos como materia de nuestros actos más personales mecanismos fisiológicos y psíquicos no montados por nosotros; somos llevados por la rutina y el conformismo; recibimos de fuera la materia de nuestras percepciones; dependemos de objetos que afectan a nuestros sentidos, de la sociedad que nos trasmite con tantos y tan poderosos medios, con la imagen, lenguaje, sonido ya hechos del pasado, ya acicates del consumo actual, ya caminos del futuro; influyen en nosotros la herencia, el temperamento, las vivencias de la infancia, de la adolescencia, condiciones económicas, históricas, sociales; dependemos, en una palabra, de innumerables e imponderables circunstancias que influyen en gran manera en nosotros. Todo ello constituye el material con el cual y sobre el cual la libertad debe obrar. Es un determinismo que nosotros no podemos suprimir, ni transformar, por lo menos inmediatamente, sino utilizar y dirigir.

Pero precisamente, porque el hombre es espíritu, es libre. La espiritualidad es el fundamento ontológico de la libertad; entendiendo por libertad «inmediate», no el poder elegir entre contrarios —la contingencia de la determinación— sino la facultad para el sujeto de determinarse a sí mismo, de realizarse uno mismo; de ahí la grandeza del hombre que, a semejanza de Dios, tiene en sí mismo el ser dueño de sus actos y de sus decisiones; el tener en sus propias manos, hasta cierto punto, ser el autor de su propio destino; somos, en atrevida frase de S. Gregorio de Niza «nuestros propios padres» (1), o bien, en otro sentido, como escribía un autor actual: estamos condenados a ser libres; porque la misma conciencia de la obligación constituye la experiencia más alta de la finalidad, y es, por referencia a esta ordenación radical de nuestra existencia que el orden teológico recibe para nosotros su verdadero sentido. No es que el fin absoluto se me impone en el sentido de que el rechazarlo es una tontería o una desgracia; sino que se me impone porque merece absolutamente ser querido, porque yo lo *debo* querer. Nada, ni nadie me puede dispensar de ser libre, y es libremente que el hombre abdicaría de su libertad.

3. He entrado ya, sin decirlo explícitamente, en el tercer punto que quisiera señalar a ustedes en esta ocasión.

Viviendo, como vivimos, en un mundo cada vez más secularizado, y que ha perdido, usando la expresión del Cardenal Suhard en una de sus célebres pastorales «le sens de Dieu», el pensador cristiano

---

(1) Patrología G. T. 44, col. 328 B.

no puede olvidar que «en el principio existía Dios» y que uno de los rasgos originales del cristianismo es, mediante la fe, el reconocimiento de Dios Padre, creador de cielo y tierra; o bien, como se lee en el «Pastor» de Hermas: «Ante todo, creo que hay un solo Dios, que lo ha creado y perfeccionado todo, que de la nada ha hecho existir todas las cosas, que lo contiene todo y que sólo El no puede ser contenido por nada» (2). Es tan fundamental esta afirmación, escrita a la cabeza de los más antiguos símbolos, y procedente de una convicción enraizada desde siglos en el pueblo de Israel, que, sin ella, para el cristiano, la vida moral se derrumba, el mundo no es más que un caos inconsistente y el hombre un ser sin-sentido.

Porque, a los ojos del cristiano, las cosas son, ante todo, *criaturas*, dóciles instrumentos de Dios y vestigios de sus perfecciones invisibles. Y el *deber*, en lugar de ser una exigencia ideal, sancionada por la sola razón, reviste el carácter de un relación personal, sin perder nada de su racionalidad. El hombre cristiano, en efecto, inclinándose delante de Dios, no se somete a una pura necesidad de hecho; sigue más bien a una ley fundada sobre una relación de esencias, y queda elevado a la dignidad de «hijo de Dios».

Pero, al mismo tiempo, el hombre cristiano descubre la diferencia radical entre Dios y el mundo, la trascendencia de Dios con relación a todo lo creado; pues, como afirma el Conc. Lateranense IV (del año 1215): «quia inter creatorem et creaturam non potest tanta similitudo notari, quin inter eos maior sit dissimilitudo notanda» (3). Lo cual, no obstante, no impide que Dios, por medio de las cosas que han sido hechas, no pueda ser conocido por la luz natural de la razón humana (4), como enseñó el Conc. Vaticano I.

El cristianismo ha sustituido el dios de Arisóteles y de los Estoicos por un Dios plenamente personal, y cuya plenitud se derrama libremente al mundo y al hombre. Una inmensa corriente de dinamismo enciende la máquina del mundo, derramando sobre los más humildes seres el pensamiento, el amor y la acción del Principio, cuya presencia lo sostiene y lo mueve todo. Es imposible a la criatura subsistir un instante fuera de la influencia divina.

Si todas las cosas, para el cristianismo, llevan la señal (o la marca) de un Dios que ama, todas las cosas se le manifiestan también movidas hacia Dios como por un inmenso flujo de amor. La creación entera gime en sus dolores como de parto, esperando la hora que lo libraré de la esclavitud, de la vanidad y de la corrupción (5). Y es que la naturaleza corporal ha sido hecha para el hombre, y el hombre, por Cristo, es para Dios (6).

(2) Hermas, "Pastor", en Funk, Patres Apostolici, t. I, p. 474.

(3) Denzinger, n. 432, in fine.

(4) Denzinger, n. 1.806.

(5) Véase Rom. 8, 19-22.

(6) I Cor. 3, 22-23.

Teocentrismo personalista y dinámico, el cristianismo, dando a la visión del mundo una nueva dimensión, introduce en él un fermento de actividad y un principio de unidad. Bañado en una efusión de luz y de bondad, que no es emanación anónima, sino amor personal, el universo, en lugar de ser simple objeto propuesto a la especulación desinteresada del sabio, viene a ser el conjunto de medios puestos a disposición del hombre, para permitirle conquistar la vida eterna, y reclama, en cuanto a los hombres, e incluso a las más humildes cosas, el respeto que se debe a lo que es imagen y destello de Dios.

Resumiendo en pocas palabras, diría que el hombre, por medio del conocimiento de la verdad —teoría— y de la acción humana —praxis—, por su libertad —autodeterminación de sí mismo—, está abierto al Dios trascendente y creador, para que dominando todo lo creado, llegue a poseer y gozar del Dios Señor del Universo; armonizando así en magnífica sinfonía el mundo y Dios, el ser y el obrar, el pensamiento y el amor.

Barcelona, 13 de septiembre de 1976